

coros de San Luis y de Santa Filomena, que el mismo señor Arzobispo había fundado dos años antes en la ciudad con muy buenos resultados, tanto por el número de los que á ellos pertenecían como por su buen comportamiento.

¡Qué ánimo tan tranquilo y tan arraigado en Dios había menester para ocuparse con tanto celo en la salvación de las almas, cuando todo temblaba á su alrededor por los tristes acontecimientos que en aquellos días se estaban verificando! En el siguiente capítulo veremos el papel providencial que en ellos desempeñó, bien distinto, por cierto, del de los aduladores de la infortunada Reina, á quien muy bien llamó Donoso, con acento sublime y compasivo, *mujer de los tristes desdichados*.



CAPÍTULO XIV

DEL DESTRONAMIENTO DE ISABEL II, Y CÓMO EL P. CLARET LA ACOMPAÑÓ AL DESTIERRO

1. Preparativos revolucionarios. — Destronamiento de Isabel. — 2. El P. Claret la acompaña al destierro. — Reflexiones del Sr. Marqués del Arco. — 3. Detiéndose en Pau con la Real familia. — Saña de los revolucionarios contra el Siervo de Dios. — 4. Llegada á París. — Hace allí los ejercicios espirituales. — Nochebuena. — Tranquilidad de su espíritu en medio de las persecuciones. — 5. Ocupan los revolucionarios de Madrid el edificio de Montserrat. — Valor de las Hermanas Carmelitas de la Caridad para salvar las cosas pertenecientes al Siervo de Dios. — Generosidad y desprendimiento de éste. — 6. Calúmnianle los enemigos de haber robado dos custodias de El Escorial. — Lo que hubo en este asunto. — Documentos irrefragables de la inocencia del Siervo de Dios. — Entrega de las custodias. — 7. Persecuciones contra los Misioneros fundados por el P. Claret. — La cuestión sobre la sala del *Dibujo* en la Casa-misión de Vich. — La Junta revolucionaria expulsa á los Misioneros de su convento. — Modo inicuo con que se llevó á cabo. — Revolucionarios de Reus: asaltan la Casa-misión de *La Selva*: hieren al P. Superior. — Fuga de éste. — El primer mártir de la Congregación: el P. Crusáts asesinado por los revolucionarios. — Cumplimiento de la profecía del P. Claret. — Carta de éste animando á sus Misioneros con motivo de la muerte del P. Crusáts. — Más atentados de los revolucionarios contra nuestra Congregación. — Providencia de Dios. — Establécense los Misioneros en Prades de Francia. — Consejos del P. Fundador á los suyos. — 8. — Sus últimos trabajos en París. — Despidese de la Reina y sale para Roma. — Olor de santidad que dejó en la capital de Francia.

1. Cumplióse al fin lo que el P. Claret muchos años antes había pronosticado. En la extensa bahía de Cádiz se reunieron las fragatas de guerra *Zaragoza*, *Tetuán*, *Villa de Madrid* y *Lealtad*; los vapores *Ferrol*, *Vulcano* é *Isabel II*; las goletas *Edetana*, *Santa Lucía*, *Concordia* y *Ligera* y los transportes urca *Santa María* y vapor *Tornado*: en su puesto los jefes Topete, Malcampo, Barcaíztegui, Arias, los Guerras, Uriarte (D. Florencio), Montojo, Pardo, Pílon, Vial, Pastor y Landero y Oreiro, y la insignia almirante en la *Zaragoza*. Sólo se esperaba la llegada de los generales fugados de Canarias á bordo del *Buenaventura* en la obscura noche del 12 de Septiembre y de algunos otros que habían dirigido la conspi-

ración desde países extranjeros. El primero que llegó, no sin vencer grandes dificultades, fué Prim con Sagasta, Zorrilla, Merelo y Paul y Angulo. Se había embarcado el 12 en Southampton en la Mala de las Indias; llegó felizmente á Gibraltar el 17 en el vapor *Delta*, disfrazado de ayuda de cámara de los Condes de Bar, con traje de librea y en cámara de segunda clase; se propuso esperar, obedeciendo á Topete, la llegada de los Generales de Canarias, para presentarse todos juntos á la Marina y dar el grito; pero al saber que en Cádiz había conmoción, que las autoridades tomaban sus medidas y la *Ligera* vigilaba la mar, se decidió á arrostrarlo todo. Baganado en la bahía de Cádiz con noche oscura y mar gruesa, separados los buques de la escuadra, dudando y temiendo, resolvió Prim ir á la *Zaragoza* y entregarse confiado á Topete. Hasta entonces no se habían tratado ni puéstose de acuerdo estos dos jefes del movimiento revolucionario. Topete quiso encubrir su traición á la Reina diciendo que en la alternativa de ser fiel á la Patria ó á la Reina, optaba por la primera sacrificando las afecciones personales que á la segunda le ligaban, como si el servir á la Patria consistiera en soltar á la calle unos cuantos puñados de foragidos para cometer las barbaridades que cometieron, y en dar libre desahogo á todos los odios y á las malas pasiones contenidas, para que sin freno alguno y sin temor del castigo se lanzaran á perpetrar toda suerte de crímenes. Prim se reconoció también personalmente deudor de muy singulares atenciones á la que intentaban destronar, y para disimular su monstruosa ingratitude y su infidelidad al juramento prestado, apeló á los mismos subterfugios de salvar á la Patria, á la que pretendían regenerar con sus *malditas libertades*. No concordaban los dos Generales en la bandera que debían dar á la revolución; mas como el tiempo urgía, en la madrugada del 18 convinieron con Sagasta y Zorrilla en iniciar el movimiento sin esperar á los Generales de Canarias, asumiendo Prim interinamente el mando. Presentado éste á la escuadra, que se colocó frente al puerto en orden de combate, reconocieronle todos, arengó Topete á la tripulación, vitoreó á la libertad, y con 21 cañonazos anunció la *Zaragoza* el destronamiento de Isabel II, realizado por toda la escuadra.

Diez días después se dió la sangrienta batalla de Alcolea,

en que fueron vencidos los defensores de la Reina. Al día siguiente, 29, cuando se cumplían treinta y cinco años cabales de haber sido proclamada esta señora Reina de España, á pesar de las protestas de su tío Don Carlos, la Junta revolucionaria de Madrid proclamó la destitución de Doña Isabel II de Borbón del trono de España y la incapacidad de todos los Borbones para ocuparle, y las Juntas de provincias, formadas casi instantáneamente, respondieron á esta proclama con los gritos de: "¡Abajo la dinastía, abajo los Borbones!".

2. Cuando la infortunada señora tuvo noticia en San Sebastián de que sus tropas habían sido derrotadas en Alcolea, llamó á los diputados forales y á los pocos cortesanos que le habían permanecido fieles para preguntarles si podía contar con ellos; mas, aturdidos como estaban, no supieron hacer otra cosa que darle estériles muestras de compasión. La noche del 29 al 30 la pasó en terribles ansiedades, y cuando los diputados forales fueron á visitarla les preguntó: "¿Á quién habéis visto en mis antesalas?—Á nadie—respondieron.—Pues esos salones desiertos,—repuso Isabel,—os dicen que ya no tengo que esperar nada de ninguna parte." Poco después se puso en camino para la estación, acompañada de sus hijos, de su esposo D. Francisco de Asís, de su tío D. Sebastián, de un médico, un gentilhomme, dos ayudantes del Rey, dos ó tres españoles más y de su confesor el P. Claret. Al bajar la escalera de Palacio deteníase en cada escalón, como si temiera dejar para siempre la tierra española que pisaba. Tomó en la estación el tren de Francia, y al atravesar el Bidasoa exclamó: "¡Ya no puedo sufrir más!". Y echó á llorar. *Sic transit gloria mundi*.

Á las dos y cuarenta y cinco minutos de la tarde entró el tren en la estación de Bayona, en el que ocupaban un cohesalón la Reina y su esposo, el Príncipe de Asturias, las Infantas y el Siervo de Dios, que en trance tan doloroso no quiso abandonar un solo instante á su Real penitente. Bien sabe la augusta señora de cuánto consuelo le sirvió en aquellas tristes circunstancias la presencia de tan santo varón para no desmayar ni decaer de ánimo. ¡Á cuántas reflexiones se presta esta heroica conducta del P. Claret, esta noble lealtad nacida de la grandeza de alma propia de los santos! Tres años antes el digno confesor la había abandonado, pero entonces Isabel era Reina de España y se hallaba rodeada de una muche-

dumbre de aduladores. En la alternativa de cumplir con Dios ó con los hombres, aquél le había aconsejado que diera antes al Señor lo que le correspondía y fiara lo demás de su divina Providencia. Entre la justicia de Dios, con que el P. Claret la amenazaba, y el enojo de los hombres, con que los unionistas trataban de infundirle miedo, la Reina, en un momento de flaqueza ó de alucinación, cedió al temor humano y fió la seguridad del trono en el apoyo de los revolucionarios. El Siervo de Dios la dejó entonces, tanto para asegurar su conciencia como para hacer comprender á Isabel el abismo profundo abierto á la Religión y á la Monarquía española. Mas cuando los mismos que entonces la ensalzaron la abandonan y reina espantosa soledad en el Palacio, antes tan frecuentado de viles aduladores; cuando la mano del Señor según su gran misericordia visitó á la infortunada Reina para hacerla expiar en este mundo su pasada flaqueza, el ministro de Dios se halló á su lado para consolarla, para descubrirle los secretos de esta amorosa Providencia y sostenerla y alentarla compartiendo con ella las amarguras del destierro.

No puedo resistir al dulce impulso de transcribir aquí los hermosos pensamientos que con ocasión de la caída de la Reina dejó escapar de su admirable pluma el Sr. Marqués del Arco en una larga carta, escrita á un Rdo. Padre de nuestra Congregación con fecha 14 de Septiembre de 1881. «¡El señor Arzobispo Claret y la Reina Doña Isabel II! ¡La Iglesia, la Monarquía! ¡Cómo no unir á estos nombres en la historia contemporánea el nombre de D. Jaime Balmes? Éste, famoso por su inteligencia; Claret, insigne por su virtud: ambos sacerdotes y ambos puras y valiosas glorias de Cataluña, de nuestra Patria y de la Iglesia. Dase á conocer el nombre del primero en los principios del reinado de Doña Isabel II; vese al segundo al lado de la augusta señora cuando llega su desgraciado fin. Declárase Isabel II mayor de edad, empuña la augusta señora el cetro de la Monarquía española y aparece Balmes como su ángel tutelar, como clara y brillante estrella que le señala el derrotero que deberá seguir. Bate sus alas, se remonta sobre la atmósfera rastrera, egoísta y mezquina de los partidos á región más pura, elevada y serena, y fundado *El Pensamiento de la Nación*, sostiene en él las altas razones de conveniencia pública que aconsejan el matrimonio de la Reina Isa-

bel II con el Conde de Montemolín, llevando al trono de San Fernando la reconciliación de la familia Real y con ella la de todos los españoles; y sobre esta ancha y sólida base se propone robustecer el poder real y establecer un Gobierno fuerte y verdaderamente nacional. Sostiene tan patriótico, generoso y magnánimo pensamiento con fe, con entusiasmo, erudición y elocuencia grandes, y cuando ve frustradas las esperanzas acariciadas en lo íntimo de su corazón, lanza aquel grito triste y desconsolador, escribe aquel su último artículo preguntando: ¿Por dónde se sale?, y... calla. Este grito de dolor de Balmes trae á mi memoria y presenta á mi imaginación á nuestro divino Redentor llorando sobre Jerusalén, y paréceme que oigo exclamar á Balmes: «¡Monarquía, Monarquía! ¡Ay, cuán de veras quise reunir á tus hijos, como la gallina á sus polluelos bajo sus alas, y tú no quisiste!»

„Dios sabe el alcance de los resultados que hubiera podido tener el pensamiento de Balmes á haberse realizado, sin que por eso pretenda yo que su influencia pudiera haber sido tal que lograra mudar el curso de los sucesos europeos; pero no se me negará, por lo menos, que siempre hubiera mantenido más unidos los elementos sanos, fecundos de porvenir y de vida de la nación para resistir y evitar mejor su naufragio en los recios temporales de la edad presente.

„Corrieron los años, y la política seguida dió sus naturales resultados. La Reina atravesó el Bidasoa, y en su reducida comitiva se veía al Sr. Arzobispo Claret. ¡Qué bella personificación de la Iglesia es el Sr. Arzobispo en esta ocasión! Al lado de la Monarquía española estrecha contra su pecho á esta hija querida de sus entrañas, á la cual durante siglos tantas lágrimas, ayunos, vigiliias y oraciones había consagrado, compartiendo con ella sus glorias y sus infortunios, y la consuela y fortalece en tan amargo trance; triste condición del triunfo la de formar siempre parte de su cortejo lo más vil de todas las procedencias, así como la desgracia tiene el consuelo de verse rodeada de sus mejores y más fieles amigos (1).„

3. La Real familia, con los pocos que le acompañaban, fué á Pau, cuna de los Borbones, en donde se detuvo poco más de un mes. S. E., con su capellán el P. Lorenzo Puig y

(1) Carta del 14 de Septiembre de 1881.

el Hermano José Saladich, ambos de nuestro Instituto, estaban alojados en la calle de San Luis, no muy lejos del palacio en donde vivían los Reyes. El Hermano Saladich les guisaba la comida y vivían enteramente independientes. Todos los domingos acompañaba el Siervo de Dios á SS. MM. y AA. á oír la santa Misa en la parroquia de San Martín, la cual está frente á dicho palacio, á excepción de los días en que recibía su Majestad los Sacramentos, pues entonces celebraba el Sr. Arzobispo en la capilla ú oratorio de Doña Isabel y su Real familia. Los demás días por la mañana iba á celebrar la santa Misa y dar la sagrada Comunión á las religiosas Ursulinas que tenían un colegio de niñas muy floreciente, entre las cuales había nueve españolas de diferentes provincias. Daba también cotidianamente lección al Príncipe de Asturias y á las Infantas sus hermanas.

Entretanto, los revolucionarios se enfurecían contra el Siervo de Dios tanto ó más que contra la Reina. Folletos calumniosos, caricaturas infames, fotografías obscenas, acusaciones de crímenes, todo lo más vil y denigrante pusieron en juego contra el santo Arzobispo, á quien hubieran deseado verle en aquella ocasión separado de la augusta señora, y según la manera rabiosa con que por escrito y de palabra se ensañaron contra él, parece seguro que le hubieran bárbaramente asesinado si la revolución le hubiera cogido en la capital de España. Mientras de esta manera le infamaban sus enemigos, él no cesaba de rogar por ellos y de ocuparse en obras santas, con lo cual se granjeó el aprecio de cuantos tuvieron la dicha de tratarle, mayormente de los sacerdotes de la población de Pau, de los Padres de la Compañía de Jesús y de las religiosas Ursulinas; visitó la Casa de misericordia y el santo hospital, siguiendo las salas de los enfermos, á los que consoló y animó á la paciencia y resignación en la divina voluntad, de lo cual quedaron éstos sumamente edificados (1).„

3. El 6 de Noviembre, á las siete de la mañana, dejó la villa de Pau y llegó á Paris con la Real familia el día siguiente á las once y media de la noche. Hospedóse en la humilde habitación del capellán de un colegio de Hermanas de San José dedicadas á la enseñanza, situado en la calle de Monceau,

(1) Notas del Rdo. P. Lorenzo Puig.

número 21. Como en la habitación no había cocina, las Hermanas les guisaban la comida, y el joven José Saladich se la servía en la mesa. Decía la santa Misa á la Comunidad, y su capellán la celebraba después de él, la que el Sr. Arzobispo oía, según costumbre, en acción de gracias. Sin meterse para nada en la política, aunque lamentando en su corazón las desgracias de la Patria, continuó en París haciendo el bien que podía, y, entre otras ocupaciones, siguió dando lecciones al Príncipe y á sus hermanas las Infantas hasta que tuvieron sus profesores. El 24 de Noviembre comenzó los ejercicios espirituales de aquel año, y habiendo entrado en ellos con grande aflicción por los males de España, el Señor se dignó consolarle con el satisfactorio anuncio de que la fe se conservaría en la Península por intercesión de su divina Madre la Virgen Santísima, con lo cual salió de ellos muy alegre y animado (1).

En una carta escrita por el Siervo de Dios el 26 de Diciembre de aquel año á las Hermanas Carmelitas de la Caridad, que estaban en el hospital de la Corona de Aragon en Madrid, se manifiesta la inocencia y amabilidad de su corazón de un modo verdaderamente divino. “Escribiréis á X... — les decía en ella, — diciéndole que, gracias á Dios, estoy bueno, contento y alegre. Dios Nuestro Señor también está en París, y singularmente en esta casa. Las Hermanas son muy buenas y fervorosas. Las niñas tienen también su *Nacimiento* del Niño Jesús en imagen, y en realidad le adoraron en el Santísimo Sacramento, pues todas las Hermanas y las niñas que tienen la edad comulgaron en la noche de Navidad en la Misa del gallo que yo les celebré. Al amanecer celebré las otras dos Misas rezadas; D. Lorenzo celebró las dos Misas de ocho á nueve, y á esta hora cantó la mayor, acompañada del canto de las niñas del establecimiento. Por la tarde se cantaron Visperas y, finalmente, yo les di la bendición con el Santísimo Sacramento, cosa que hago todos los domingos.„ Á las Hermanas á quienes escribía, exhortábalas á sufrir con paciencia esperando en Dios “tan bueno, sabio y poderoso que aun de los males saca bienes,„ y decía: “Sed amantes del silencio; pero hablad mucho con el corazón haciendo fervorosos actos de amor de Dios á Jesús y María Santísima, señaladamente

(1) Notas del Rdo. P. Lorenzo Puig.

en estos días en que la Iglesia nos recuerda la infancia de Jesús.»

¿Quién, al leer estas líneas, imaginara que su autor gemía en el destierro y era su nombre en Madrid vilipendiado, como si estuviese entonces mismo intrigando en la política y que hasta los niños callejeros le daban mueras y lo pronunciaban como sinónimo de la cosa más despreciable y temible? Á tal extremo llegó la audacia de los revolucionarios de España, que muchos escritores liberales de París, testigos de los hechos, hubieron de salir á la defensa del santo Prelado publicando en Febrero de 1869 varios periódicos de aquella capital el siguiente suelto: "*La Patrie* publica un artículo, firmado por el Sr. Mora, en el que sostiene que las conferencias del Padre Claret en la iglesia de San Nicolás de Beajou son ejercicios puramente espirituales y sin ninguna relación con la política. Añade que por primera vez se ven reunidos en aquella iglesia los españoles residentes en París, y manifiesta la esperanza de que estas reuniones sean germen de una asociación de beneficencia española, que es necesaria en París.»

5. Por una carta de la Madre Provincial de Castilla de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, la Hermana Carmen de San Luis, sabemos lo que pasó el día de la revolución en las habitaciones que en Madrid ocupaba el Sr. Arzobispo. "Al oír, — dice, — que iban en busca del Cura de Montserrat para matarlo y que él se había escapado, tomé un coche y me fui á Montserrat; los 200 paisanos que guardaban la casa no me querían dejar pasar de la puerta; pero al fin, después de mucha pelea, me dejaron subir; encontré á las Hermanas muy tristes y asustadas, las cuales al verme se animaron mucho; aquella casa parecía un diluvio; no se oían más que mueras y amenazas de incendiarla. Á pesar del susto, estábamos discutiendo todas las Hermanas cómo podríamos salvar las cosas de V. E., pues no habíamos quedado en la casa más que las Hermanas y Agapito. Con ocasión de hallarse los paisanos en la calle, en donde pasaban lista, resolvimos ir á la habitación de V. E. y subir á la nuestra las cosas de más valor y que más podían comprometerle; pusimos en seguida manos á la obra: una de nosotras se puso de centinela á la escalera para avisar si venía alguien, y la Madre Francisca y yo entramos adentro, sacamos las casullas buenas, las mitras, el báculo, las

cosas de plata, la cofaina, el jarro, la cajita de los santos Óleos, la bandeja, las cruces pastorales y, en fin, todo cuanto se conocía que era de V. E.; después quitamos los retratos y demás cosas que podían excitarles más rabia, según lo que decían; pero el buen Hermano Agapito de ningún modo quería dejarme descerrajar el cajón de la mesa en que V. E. escribía; yo, como ya me figuraba que dentro habría algunos intereses, me resolví y le dije: Hermano, ya oye Ud. los gritos que dan de incendiar la casa, pues yo trato de ver si puedo salvar algo á mi Padre, y así no quiero escuchar sus nimiedades y temores. Entonces fué cuando descerrajé el cajón y encontré dentro, estando presente el Hermano, dos bolsas: en la una había un rótulo que decía: esto es para los pobres ó para libros buenos; en la otra no había ningún rótulo. Todo lo que había era en plata; en la una por valor de mil y tantos reales, y en la otra de algo más de novecientos.»

Después de mencionar algunas otras cantidades en papel, de las cuales la que más no pasaba de doce mil reales, sigue diciendo: "Todo cuanto le apunto en esta carta y algo más, lo tengo muy bien guardado, que nadie lo sabe; pero tengo un papel que dice es de la Congregación del Corazón de María.

"Padre mío, yo paso muchos trabajos para poder sostener los establecimientos; hemos de sostener tres Comunidades, y cuando tengo la una arreglada salen trabajos á la otra: todo sea por amor de Dios; confío en Él que no me dejará desconsolada. Si V. E. me puede favorecer en algo se lo agradeceré muchísimo.—Reciba el cariño que le tiene esta su hija en Jesucristo, que besa el anillo á V. E. = *Ana Carmen de San Luis.*"

Por lo contenido en esta carta se echa de ver clarísimamente cómo el Siervo de Dios empleaba su modesta renta única y exclusivamente en obras de caridad y de celo, quitado lo poco que gastaba para su sustento y el de sus familiares. Pero en esta ocasión brilló mucho más su generosidad y desprendimiento, pues estando desterrado en tierra extraña, sin asignación de ninguna clase, como después veremos, dispuso que lo que le había quedado en Madrid se diese parte á sus Hijos los Misioneros, parte á los pobres y lo demás á las Carmelitas Terciarias de la Caridad, para ayudarles á sostener los establecimientos de que hablaba en su carta la Hermana

Carmen de San Luis. Y ¡parece mentira! mientras con tan heroica abnegación se desprendía de cuanto tenía en este mundo, los periódicos liberales comenzaron á difamarle de ladrón, acusándole de haberse llevado dos custodias de El Escorial, del que había sido Presidente. He aquí lo que pasó, según consta evidentemente de varios documentos y testimonios, pero de un modo especial de dos cartas escritas por Don Ildefonso González, hermano de D. Dionisio, al Siervo de Dios, que se hallaba en París.

6. Ya dijimos que algunos meses antes de la revolución el Padre Claret hizo renuncia de la presidencia de El Escorial y que en su lugar fué nombrado el Ilmo. Sr. D. Rosendo Salvador, Obispo de Puerto Victoria. Este señor apenas tuvo tiempo de enterarse de lo correspondiente á su nuevo cargo cuando le sorprendió la revolución del 68. Como no había habido tiempo para verificar la entrega formal de todos los objetos al nuevo Presidente, y de la cual se había encargado el vicepresidente D. Dionisio González, la Junta constituida en Madrid para administrar los bienes que fueron de la Corona ordenó á D. Dionisio que hiciera la entrega de todas las alhajas y muebles de El Escorial al nuevo administrador nombrado por ella para dicho establecimiento. El administrador se apoderó de las llaves de todas las piezas del Monasterio que no estaban habitadas, que eran casi todas, pues á causa de la supresión del Seminario y de la Comunidad de capellanes, sólo quedaron allí el Padre Pagés, como Director del Colegio; el Sr. Montaña, como encargado de las Bibliotecas; D. Dionisio para acabar de hacer la entrega de los objetos, y algunos catedráticos para el Colegio. Luego, con el inventario en la mano, fué recorriendo todas las salas haciéndose cargo de las alhajas y de los muebles. Al concluir preguntó por unas custodias, de que tenía alguna noticia y no constaban en el documento. D. Dionisio, que nada sabía de ellas, no supo dar razón, y así se dirigió al Padre Pagés preguntando por las alhajas, y éste, para justificarse de los cargos que pudieran hacersele, presentó el recibo que le había entregado nueve años antes el Sr. Claret, pero tampoco pudo decir dónde estaban. Bastó esto sólo para que los periódicos, apoderándose de la noticia, la publicaran sin más averiguaciones, diciendo que el P. Claret había huído á Francia con las custodias. Algunos de ellos, como *La Correspon-*

dencia de España. pasaron más adelante, y por el gusto diabólico de ver envuelto á un Prelado en un proceso criminal, proponían al Gobierno la extradición del Arzobispo; pero bien pronto se vieron chasqueados, porque las alhajas parecieron cuando menos se pensaba, cubiertas de polvo, detrás de unos cuadros de la celda prioral, en donde estaban escondidas hacía tiempo para sustraerlas á la rapacidad de los revolucionarios. ¿Cuál fué la llave de este misterio? Lo diré en pocas palabras.

Cuando en 1859, en que el Siervo de Dios se hizo cargo de El Escorial, se terminó el inventario de los objetos del mismo, el P. Pagés dijo al Siervo de Dios que había además dos custodias y una imagen de la Virgen que los monjes habían guardado siempre separados del relicario general y que no constaban en el inventario común, y que se hallaban escondidas en un hueco formado por un doble techo encima de la alcoba del Padre Prior, cuya entrada se tapaba con un gran cuadro colgado en la pared. El Siervo de Dios, después de haberlas visto y hécholas quitar el polvo, mandó volverlas al mismo lugar por parecerle que en ninguna parte estarían tan bien guardadas como allí, y ya no tornó á verlas más en su vida. Cuando estalló la revolución, D. Dionisio y su hermano Ildefonso trataron de ver si podrían sustraer á la rapacidad revolucionaria aquellos sagrados objetos, que por las muchas piedras preciosas que tenían, de seguro habían de excitar la codicia de ellos. Al efecto, D. Ildefonso se encargó por sí solo de ocultarlas para que en caso necesario pudiera su hermano declarar sin temor alguno que no sabía dónde estaban. Así se hizo, como lo escribía el mismo D. Ildefonso al Siervo de Dios con fecha 21 de Febrero de 1869. “Desde que se fué,—dice,—el señor Salvador, yo solo me había encargado de la ocultación de las alhajas, para que Dionisio pudiera declarar no sabía de ellas, y yo solo las coloqué donde se hallaron para que él con verdad no sólo justificase á V. E., sino que él también quedase libre.” Por lo que D. Dionisio escribía á un amigo suyo para que lo comunicara al Sr. Arzobispo el 3 de Enero de aquel mismo año, se comprenden, á la par que la completa inocencia del Siervo de Dios en este asunto, los temores que abrigaba su representante de verse envuelto en una causa criminal. “Todavía,—dice,—estoy aquí pendiente de la entrega, y aunque